

EN GRECIA Y ROMA
LAS GENTES Y SUS COSAS

Jesús M.^a García González
Andrés Pociña Pérez
(Eds.)

EN GRECIA Y ROMA
LAS GENTES Y SUS COSAS

Segunda edición

GRANADA

2 0 2 2

© LOS AUTORES

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-6963-0

Depósito legal: Gr./472-2022

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

Telf.: 958 243930-246220

Web: editorial.ugr.es

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea. Granada

Imprime: Imprenta Comercial. Motril

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN (2021)

En medio de la enésima crisis de las humanidades y el cuestionamiento de su utilidad para la sociedad actual y la del futuro, la cultura clásica, obviamente la cultura grecolatina, vuelve a ser objeto de intentos de erradicación en determinados contextos educativos dentro y fuera de nuestro país. Es, pues, digna de elogio la iniciativa de la Universidad de Granada y su Editorial de reeditar el primer número de la serie «En Grecia y Roma», aparecido en 2003 y dedicado a «Las gentes y las cosas», agotado desde hace muchos años.

La serie «En Grecia y Roma» nace como consecuencia de una experiencia previa: el curso «Pervivencia y actualidad de la cultura clásica», organizado por las Delegaciones de Granada y de Málaga de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y celebrado en los meses de marzo y mayo de 1995 en las respectivas sedes de las Delegaciones organizadoras. Las contribuciones al citado curso se recogieron en el volumen *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica* (Granada, Editorial de la Universidad, 1996). La buena acogida que tuvieron tanto el curso en cuestión como la posterior publicación de sus lecciones, especialmente entre el alumnado y el profesorado de nuestras materias en la Enseñanza Secundaria, animó a la Junta Directiva de la Delegación de Granada de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, esta vez con la colaboración de los Departamentos de Filología Griega y de Filología Latina de las Universidades de Almería, Jaén y Granada, a organizar, entre los meses de febrero y mayo de 2000, otro curso, dirigido no solo al profesorado y al alumnado de nuestras materias sino también a cualquier persona interesada por la cultura clásica. Así nace «En Grecia y Roma: las gentes y sus cosas», un total de veintiuna charlas sobre aspectos y personajes de la vida cotidiana en la Grecia y Roma antiguas, ilustrados en cada caso con una serie de textos de autores griegos y latinos, en traducción al español para facilitar su lectura a la totalidad del público. El objetivo de este curso era

llevar a nuestros colegas, estudiantes y al público interesado en general una visión sencilla pero rigurosa, científica pero amena, basada en la lectura de textos originales, de aspectos de la cultura grecolatina que pudieran ser de interés para las lectoras y los lectores actuales.

De la buena acogida del curso dan fe tanto la importante asistencia a cada una de las sesiones, como el hecho de que pronto se agotara la edición de sus contenidos. Esta pequeña satisfacción animó a la Junta Directiva de la Delegación de Granada de la SEEC a convertir la idea en proyecto y organizar, con el objetivo ya señalado, otros cursos sobre diversos aspectos de la antigüedad grecolatina. De esta manera, poco a poco, sin una periodicidad fija, fueron apareciendo, muy cuidadosa y pulcramente impresos por la Editorial de la Universidad de Granada, los volúmenes *En Grecia y Roma II: lecturas pendientes* (2008), *En Grecia y Roma III: mujeres reales y ficticias* (2009), *En Grecia y Roma IV: la paz y la guerra* (2013), *En Grecia y Roma V: hombres notables* (2015) y el último ejemplar de la serie, *En Grecia y Roma VI: más gentes y más cosas* (2017), un título bajo el que, a modo de *ring composition*, de *ouroboros*, subyace el deseo de que no sea un final, sino un volver a empezar, en otras manos y con otros protagonistas, pero con la misma idea y la ilusión que guió aquella inaugural *Pervivencia y actualidad...*: crear un foro de debate en el que se abordaran y difundieran, dándoles vida y analizando sus problemas, algunos aspectos del gran legado de la Antigüedad Clásica menos frecuentemente tratados en nuestras disciplinas académicas, pero que siguen teniendo notoria vigencia en la cultura de nuestros días.

Los responsables fundamentales de la idea y la organización de todos estos cursos, así como editores literarios de los volúmenes correspondientes, Andrés Pociña Pérez y Jesús María García González, por entonces Presidente y Secretario respectivamente de la Delegación de Granada de la SEEC, queremos advertir que los trabajos contenidos en esta segunda edición se han mantenido sin cambios de ningún tipo con relación a los publicados en la primera edición, a fin de que no se haga esperar por más tiempo su muchas veces solicitada reedición. Imperdonable, en fin, resultaría que no exporesasemos nuestro sincero agradecimiento a todo el personal de la Editorial de la Universidad de Granada, y de forma especial a su directora, Dra. Doña María Isabel Cabrera García, y a su seguidora de ediciones, Dra. Doña Clara Isabel Lorca González.

Granada, octubre de 2021

Los editores

PRÓLOGO

Entre los meses de febrero y mayo del año 2000, la Delegación de Granada de la Sociedad Española de Estudios Clásicos celebró una de sus más interesantes actividades, el curso «En Grecia y Roma: las gentes y sus cosas». Programado y preparado con toda atención y durante mucho tiempo, se trataba de revisar en él la actuación normal, diaria, no de esos grandes personajes del mundo griego y latino que, dotados de nombre propio, llenan manuales y enciclopedias de la Antigüedad, sino de personas que se movían en la vida corriente, por las calles de Atenas, de Roma y de otras poblaciones, colaborando de forma tal vez insensible a la construcción de esa gran cultura, la Clásica por excelencia, que sigue siendo honra y modelo de la Humanidad.

La Junta Directiva había invitado a tomar parte en este curso a los miembros de la SEEC que desempeñan su docencia e investigación en los Institutos y Universidades de las provincias de Almería, Granada y Jaén, ámbito geográfico de nuestra Delegación. De acuerdo con el plan trazado, cada intervención debería ocuparse de un tipo profesional determinado, significativo en la experiencia vital griega, romana, o en ambas, que se estudiaría fundamentalmente a partir de una selección de textos clásicos, o bien de una institución concreta e ilustrativa de la vida real: esto fue lo que quisimos dar a entender en el título al escribir «las gentes y sus cosas». Esa selección de textos, la información y conclusiones de ellos derivados, junto con una breve bibliografía sobre el tema escogido, centrarían primero el debate a lo largo de las sesiones del curso, para más tarde dar lugar a este libro que hoy sacamos a la luz pública.

Las actividades de este curso se desarrollaron en el Salón de Actos del Instituto de Bachillerato Padre Suárez de Granada, en las tardes de los jueves del final del invierno y de la primavera de 2000. Intervinimos en ellas todo el profesorado cuyas aportaciones se recogen en este volumen, otros profesores que prefirieron colaborar con su presencia y sus intervenciones, y un número sorprendentemente abundante de alumnas y alumnos, sobre todo universitarios, pero no exclusivamente, que se interesaron de una manera admirable en el desarrollo de los temas, sin abandonar jamás, como prueba el hecho de que el amplio Salón en que se celebraban las sesiones estuviese lleno desde la primera hasta la última. Para los organizadores de esta actividad resultaba una prueba obvia de la «pervivencia y actualidad de la cultura clásica» en el interés y en corazón de cuantos asistíamos a las sesiones, que era precisamente el título que habíamos dado a una experiencia anterior, desarrollada en Granada y Málaga en 1995, que cristalizó en un hermoso libro, precedente y modelo de éste, maravillosamente acogido por el público y desde hace tiempo agotado.

Los dos editores, en representación de la Junta directiva de la SEEC, seguimos opinando, también ahora, que nuestra labor debe consistir en estudiar el gran legado de la Antigüedad clásica, disfrutar poniéndole vida y discutiendo sus problemas, y de este modo, como decíamos en *Pervivencia y actualidad...*, alejarnos de actitudes plañideras y nostalgias por una perdida Edad de Oro. En consecuencia, aunque más tarde de lo que hubiera sido nuestro deseo, debido a problemas de tipo múltiple, en especial los bien conocidos que suelen plantear las publicaciones colectivas, sacamos al fin este bello volumen *En Grecia y Roma: las gentes y sus cosas*, en el que sin duda queda reflejada buena parte del interés, animación y viveza de aquellos jueves en que nos ocupábamos de un tipo o de una institución de la vida griega y de la romana, opinábamos sobre ellos, los poníamos en parangón, nos erigíamos en sus jueces extemporáneos, buscábamos sus reflejos y su continuidad en realidades de nuestros días.

Anunciando ya que es nuestro deseo realizar un curso semejante en el año 2004, queremos acabar dando nuestras más expresivas gracias a las profesoras y profesores que nos han ofrecido sus trabajos, cuidadosamente preparados para la edición, así como a la Dirección del Instituto Padre Suárez que puso todo su empeño y diligencia en dar cobijo al desarrollo de nuestro curso y a nuestra antigua alumna Lorena Miralles Maciá que compuso el texto para enviarlo a la imprenta. Nuestro

agradecimiento, en fin, al Director y al Personal de la Editorial de la Universidad de Granada, por el interés con que acogieron la publicación de este libro.

Granada, junio de 2003

Los editores



Sala de Aquiles en Esciro (Domus Aurea, Roma)

COBARDES Y PACIFISTAS EN LA GRECIA ANTIGUA

MINERVA ALGANZA ROLDÁN
(Universidad de Granada)

Afirmar la preeminencia de la guerra en el conjunto de las prácticas sociales ha constituido uno de los lugares comunes de la historiografía sobre la Antigüedad clásica en general y sobre Grecia en particular. No en vano la Historia de la Literatura griega se inicia con la *Iliada*, con la rememoración de la guerra que en Troya enfrentó a aqueos y troyanos, y con las peripecias en el campo de batalla de un selecto grupo de hombres, los héroes, esforzados adalides de sus pueblos. Como premio a tales hazañas, el poeta ha rescatado sus identidades, sus nombres propios, de las sombras de la muerte y del olvido, comenzando por Aquiles, prototipo heroico del guerrero y espejo de conducta para los comandantes y los soldados anónimos de los ejércitos de las ciudades griegas.

Nos encontramos, pues, ante un esquema analítico simple, heredado en gran medida de la teoría política clásica, y que se articula a partir de tres nociones apriorísticas: primeramente, la concepción de la guerra como un fenómeno cósmico y natural; en segundo lugar, la exaltación del heroísmo como virtud social y, finalmente, la presunción de la continuidad básica entre el sistema de valores presente en Homero y los conceptos barajados en la Grecia de las ciudades. En cualquier caso, se trata de un esquema ideal, de un modelo que intenta dar cuenta del funcionamiento de una cultura desde su interior. Tal constatación, sin embargo, no debería ser un obstáculo para seguir dialogando con los viejos textos desde fuera, y para plantearles cuestiones nuevas; por ejemplo, acerca de quienes no participan en las actividades circunscritas a la milicia por ser mujeres, demasiado viejos o niños, pero también sobre aquellos varones que en la plenitud de sus fuerzas huyen del combate o lo rehuyen. A pesar de que sus nombres se suelen omitir en las crónicas, sus conductas actúan como el polo negativo, el término de referencia casi siempre explícito, de los discursos de poe-

tas, filósofos e historiadores en torno a la identificación de las virtud cívica con el valor, con esa hombría de bien cuya piedra de toque es la ofrenda de la vida en el altar de la patria.

1. EL ESCUDO DE AQUILES Y EL ESCUDO DE ARQUÍLOCO

La *Iliada*, el gran poema de la virtud (ἀρετή) heroica encarnada en Aquiles, arranca de una situación paradójica: el héroe de quien depende la suerte de la guerra, se niega a combatir. De nada sirven los argumentos de los nobles aqueos que se acercan a su tienda, ni siquiera los ejemplos persuasivos del anciano Fénix, desgranados por Homero en el *Canto IX*. Continúa rumiando su cólera, una cólera justa, puesto que le ha sido arrebatada la cautiva Briseida, parte del botín que gratifica sus sufrimientos y fatigas en la prolongada guerra. El pensamiento de Aquiles se eleva más allá de las murallas de Troya, vuela hacia su patria, la feraz Ftía, donde ha decidido regresar para gozar de las alegrías y los placeres de una larga vida, desdeñando la gloria imperecedera que le estaría reservada de caer en el combate y cumplirse el destino anunciado por su divina madre. En este momento no le importa tanto su fama (κλέος), como su honor (τιμή), es decir, su valoración social en términos de recompensa¹. El héroe expresa su estado de ánimo con franqueza cuando, respondiendo a Odiseo, afirma que el buen guerrero, valiente (έσθλός) y esforzado (έργός), obtiene lo mismo que el malo, cobarde (κακός) y perezoso (άργός). Al fin y al cabo, argumenta, ambos mueren de igual manera (TEXTO 1). Sólo cuando su compañero Patroclo perezca a manos de Héctor, Aquiles concurrirá al campo de batalla, menos para resolver la grave situación del ejército aqueo que para saciar su apetito de venganza.

Intentando proteger a su hijo, Tetis recurre a Hefesto, en cuya fragua se forjarán las nuevas armas del héroe, entre ellas el magnífico escudo, cuya decoración, dispuesta en cinco fajas decorativas concén-

¹ Para el sistema de valores de la epopeya y su plasmación en el vocabulario véanse la monografía de A. W. H. ADKINS (*Merit and Responsibility. A Study in Greek Values*, Oxford, 1960) y las importantes aportaciones de J. M. REDFIELD en *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Iliada*, Barcelona, 1992 (= University of Chicago, 1975).

tricas, es objeto de una descripción minuciosa². En el círculo interior se representan, por una parte, la tierra, el mar y el cielo, es decir, las distintas partes de ese universo natural independiente del humano, pero que constituye su marco necesario, y por otra parte, los astros -el sol, la luna, las constelaciones y las estrellas fijas-, testigos del efímero tiempo de los hombres y, a la vez, hitos eternos que orientan su discorrir por los ámbitos de la naturaleza. La segunda franja abarca el universo plenamente humano de la ciudad, observada sucesivamente en el tiempo de la paz y en el de la guerra. En la ciudad de la paz, donde se celebran los festejos de una boda y un juicio por un delito de sangre, actúan las instancias de la solidaridad y de la resolución pactada de los conflictos, mientras que en la ciudad de la guerra, asistimos a los preparativos de un asedio y al saqueo del territorio. Los dos siguientes círculos del escudo se asignan al trabajo y a las actividades productivas, en concreto la agricultura y el pastoreo. El campo y sus labores se describen de acuerdo con el curso de las estaciones -arada, siembra, vendimia, recolección y abonado-. En la cuarta banda aparecen cincelados los territorios fronterizos con la naturaleza indómita, donde los animales salvajes atacan al ganado, mientras en valles y apriscos mozos y doncellas danzan en rueda. Finalmente, el borde del escudo figura el río Océano, cuyas corrientes circundan el cosmos.

En consecuencia, la pieza forjada por Hefesto compone una *imago mundi*, un mapa que introduce el mundo exterior en la reducida sociedad militar donde transcurre la *Iliada*³. Así, cuando Aquiles empuñando este escudo se dirige al campo de batalla, más allá de su peripecia íntima, asume un simbolismo ejemplar, en el sentido de que enarbola la función social del guerrero, sustento de su comunidad y garante del mantenimiento de un orden humano solidario con el orden natural. En este sentido, la actividad bélica se conforma como una necesidad cosmológica imprescindible para la supervivencia del conjunto de las prácticas sociales. Ahora bien, esta concepción aristocrática que identifica al

² Cf. *Iliada*, XVIII 478ss. Este célebre pasaje, representado abundantemente en la pintura de vasos, fue imitado por Hesíodo (*Escudo* 140ss.) y Virgilio (*Eneida*, VIII 608ss.), para los escudos de Heracles y Eneas, respectivamente.

³ Cf. REDFIELD, J.M., *op. cit.* 332-37, cuyo comentario incide en la disposición simétrica de los diversos elementos del escudo de acuerdo con la antinomia "cultural/naturaleza".

héroe con el guerrero, y al hombre de bien con el valiente y esforzado, será reformulada en los siglos siguientes, en el contexto de emergencia de las ciudades-estado y de una profunda transformación de la tecnología, instituciones e ideología de la guerra⁴. El punto de inflexión entre ambos modelos se localiza en el desplazamiento de los nobles por los hoplitas, los soldados-ciudadanos, quienes asumen plenamente la función guerrera junto con otros privilegios de la clase aristocrática. A este nuevo sujeto anónimo colectivo, y no a los campeones de la epopeya, dirigen sus exhortaciones los elegíacos del siglo VII a.C., Tirteo, Calino y Teognis, sirviéndose de una recurrente imitación del vocabulario, la fraseología y las imágenes de la poesía homérica.

En las elegías de Tirteo encontramos un auténtico programa ideológico de la ciudad de Esparta en su época de máximo apogeo, articulado en torno al patriotismo (TEXTO 2). El buen espartano, como los jefes de la *Iliada*, se afana, sufre y muere en beneficio de su comunidad, y ratifica su excelencia cayendo entre los luchadores de vanguardia. Ahora bien, el contexto de la arenga de Tirteo no es una guerra de conquista y de obtención de botines como la de Troya, sino para defender lo que ya se posee -la ciudad, la tierra, los padres, la esposa y los hijos-, de ahí la evocación de la pobreza, el exilio y el deshonor que se derivan de la derrota⁵. El poeta apela a la bravura y la capacidad de sufrimiento de cada individuo, pero sobre todo a los vínculos de solidaridad entre los conciudadanos, en concreto al auxilio a los guerreros ancianos por parte de los más jóvenes y a la estricta observancia de la disciplina, manteniendo el puesto asignado en la formación. A cambio del menosprecio a la propia vida se promete a los jóvenes una muerte gloriosa y tan bella como la flor de su edad. En los versos siguientes Tirteo expone las otras ventajas del pundonor y la firmeza de los

⁴ Sigue siendo de obligada referencia el volumen colectivo dirigido por J. – P. VERNANT, *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París-La Haya, 1968, de cuya *Introducción* (“La guerra de las ciudades”) hay versión al español en el recopilatorio de ensayos de J. – P. VERNANT, *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Madrid, 1982 (= París, 1974), pp. 222-45.

⁵ Tirteo canta la campaña contra los rebeldes de Mesenia, cuya consecuencia fue el férreo control de los hilotas y las demás poblaciones sometidas. Por otra parte, el estado espartano tenía establecidas duras penas en caso de derrota o cobardía, inclusive el aislamiento social de los familiares: cf. JENOFONTE, *Helénicas*, IV 5. 10; VI 4. 16; PLUTARCO, *Licurgo* 20.13; *Agesilao*, 30.

luchadores de vanguardia: mueren menos, salvan a los demás, gozan del placer de matar y escapan a la vergüenza de huir (TEXTO 3).

La misma identificación del ideal cívico con la muerte en combate aparece en el más extenso de los fragmentos conservados de Calino de Éfeso. Frente a la vergüenza que producen en sus vecinos los jóvenes ociosos, el hombre valiente es para su pueblo un baluarte, un semidios digno de honor y admiración (TEXTO 4). En cuanto a Teognis de Mégara, representa la perspectiva de un aristócrata frente a las nuevas clases que le disputan el liderazgo político. Para el poeta la virtud militar es la más útil para el bien común y la más hermosa de conseguir, por más que los dioses premien a muchos inútiles (ἀχρήστοισι) con una riqueza que a nadie aprovecha, clara alusión a los plebeyos pudientes, reiteradamente adjetivados a lo largo de sus poemas como malvados (κακοί) y miedosos (δειλοί) (TEXTO 5; TEXTO 6; TEXTO 7).

Observemos que en los poetas elegíacos, como en Homero, el elogio de la bonhomía conlleva la mención explícita a la conducta reprochable de los malos ciudadanos, o sea de cobardes, pusilánimes y egoístas. Ahora bien, junto a tales proclamas contamos con el testimonio de otro contemporáneo, Arquíloco de Paros, el cual efectúa una radical inversión de los términos de la antinomia. Este poeta de la primera persona ejerce también de portavoz de esa “ciudad en armas”, que ha generado un nuevo tipo humano para quien la guerra ha llegado a ser un género de vida, casi en una profesión. De ahí que Arquíloco cante apoyado en su lanza, la herramienta que le da de comer y de beber (TEXTO 8). Este pasaje será imitado con posterioridad por Hibrias de Creta⁶, paradójicamente para polemizar con su modelo poético, al expresar el orgullo del hombre de armas que se jacta de un oficio que, además de recursos, le proporciona poder (TEXTO 9).

La ruptura de Arquíloco con el tradicional código del honor se concreta de manera ejemplar en el tratamiento de dos de los tópicos de más acendrada tradición poética: el escudo del guerrero y el retrato del comandante ideal. Respecto al primero de estos temas, el poeta confiesa que durante la batalla dejó abandonado su escudo, la pieza de la panoplia con mayor carga simbólica, dado que su pérdida implicaba huir y ser vencido. En efecto, el escudo protege al soldado de a pie

⁶ El fragmento, de cronología incierta (ss. VI-V a.C.), ha sido conservado por Ateneo, cf. 695F.

cuando avanza al encuentro del adversario, sea para enfrentarse en duelo, como los héroes de la epopeya, sea en cerrada formación, codo con codo con sus conciudadanos, en el ejército de hoplitas. El gran escudo resguarda las zonas más expuesta a los golpes, así como los órganos vitales - los muslos, las pantorrillas, el pecho y los hombros (μηρούς τε κνήμας τε κάτω καὶ στέρνα καὶ ὠμοῦς ἀσπίδος εὐρείης γαστρὶ καλυψάμενος), especifica Tirteo (TEXTO 3), el fuerte corazón, dice Calino (TEXTO 4)-, mas, de tener que huir, supone un impedimento y una pesada carga. No obstante, Arquíloco asume tal deshonor con naturalidad y franqueza: había que salvar la vida; y más allá de la soberbia del vencedor, constata, un escudo sólo es eso y si se rompe o se pierde, basta con comprarse otro nuevo (TEXTO 10). Así pues, la cobardía se justifica como instinto de supervivencia y, además, como resultado de un escepticismo respecto a los valores colectivos aún más extremado que el de Aquiles, cuando ofendido y frustrado se planteaba la inutilidad de ejercer de valiente, puesto que la muerte hacía iguales a los buenos y los malos.

El poeta de Paros realiza una segunda formulación de la ideología anti-heroica al rechazar el prototipo épico del general alto, con las piernas bien abiertas (διαπεπλιγμένον) y acicalado, calco de los campeones homéricos, y preferir a un otro pequeño, patizambo (ῥοικός), de paso firme (ἀσφαλ<έως> βεβηκῶς ποσσί) y corazón animoso (TEXTO 11). La deformidad en los pies relaciona implícitamente al general alternativo de Arquíloco con el dios Hefesto, el “patizambo” patrono de los artesanos, y acentúa la imagen desmitificada de la guerra, al ubicarla en la esfera demiúrgico como un trabajo especializado más (τέχνη) entre los diversos oficios. Por otra parte, tanto los pies de quien escapa abandonando su escudo, como los del buen comandante, que con ánimo resuelto se encamina hacia el enemigo, son imágenes metafóricas que cobran sentido pleno en relación con un código simbólico que, para expresar determinados aspectos de la virtud militar, se vale de nociones relacionadas con el movimiento y el reposo⁷.

2. TEMBLAR Y HOLGAR: COBARDES Y PACIFISTAS

⁷ Para el simbolismo de los pies de Hefesto, véase DETIENNE, M. & VERNANT, J.-P., *Las artimañas de la inteligencia. La “mêtis” en la Grecia antigua*, Madrid, 1988 (= París, 1974), pp. 231ss.

En griego no existe una palabra para el cobarde, sino que se suele usar κακός, es decir, el término negativo absoluto del ideal del buen ciudadano (καλοκάγαθος), o bien derivados del campo léxico relativo al miedo (δειλός) y sus manifestaciones; por ejemplo, φόβος, etimológicamente el temor que impulsa a la fuga, y τρόμος, el temblor corporal bajo el efecto del miedo. Todos estos vocablos entran en juego en la primera descripción fisiopatológica de la cobardía, que Homero pone en boca del cretense Idomeneo en el Canto XIII la *Iliada* (TEXTO 12).

El miedoso (δειλός) y el fuerte (ἀλκιμοῦς), afirma Idomeneo, nunca se confunden, pues incluso antes de entrar en acción, el cuerpo de cada uno evidencia su naturaleza. En el cobarde (κακός) todo es movimiento y agitación: su piel muda de un tono a otro del verde (τρέπεται χρῶς), no deja de temblar (ἀτρέμας), se balancea de un pie a otro (ἐπ' ἀμφοτέρους πόδας ἴζει), se le doblan las rodillas, el corazón le golpea en el pecho (πατάσει) y le crujen los dientes (πάταγος ὀδόντων). Por el contrario, el buen guerrero (ἀγαθός) permanece impasible de cuerpo y de espíritu, aguardando con ansia el contacto cuerpo a cuerpo con el enemigo, como si se tratara de un encuentro amoroso.

Ciertamente todos los héroes sienten miedo alguna vez y, en gran medida, superarlo constituye la prueba de fuego de los personajes de la epopeya. Sin embargo, de entre todos los príncipes de la *Iliada*, sin duda Alejandro-Paris constituye la más cabal encarnación del cobarde, el individuo antisocial por antonomasia, como pone de relieve la escena de su duelo con Menelao (TEXTO 13)⁸. Al divisar a su adversario en la primera fila del ejército aqueo, Alejandro se espanta y retrocede, pálido (ὠχρός) y tembloroso (τρόμος), hasta ocultarse y confundirse en la masa de los troyanos. Al respecto, no carece de relevancia ni parece casual que esta disección de la patología del miedo del guerrero, coincida casi punto por punto con la efectuada por Safo, en la celeberrima e imitada *Oda V*, de las manifestaciones fisiológicas de la pasión amorosa y de los celos. En efecto, cuando contempla la amorosa intimidad de la muchacha adorada y su esposo “semejante a un dios”, el epíteto homérico de Paris, a Safo se le estremece el corazón (ἐπτόαισεν), pierde la vista, se le traba la lengua, le zumban los oídos,

⁸ Para la oposición Héctor/ Paris en el contexto de los valores heroicos, véase REDFIELD, J. M., *op. cit.*, pp. 210-13.

suda, tiembla (τρόμος) y su piel palidece, hasta tornarse más verde que la hierba (χλωροτέρα) (TEXTO 14).

Las imágenes enfrentadas del cobarde trémulo y el valiente imperturbable aparecen recreadas en la poesía elegíaca y en el discurso político, valiéndose de un repertorio limitado de expresiones formula-rias también presentes en Homero. Tirteo, por ejemplo, indica el comportamiento correcto antes de la batalla, cuando exhorta a los espartanos a que permanezcan junto a sus compañeros (παρ' ἀλλήλοισι μένοντες), situándose en las primeras filas (ἐν προμάχοισι), con ambos pies bien clavados en el suelo y mordiéndose los labios con los dientes (εὖ διαβὰς μενέτω ποσὶν ἀμφοτέροισι στήριχθεις ἐπὶ γῆς, χεῖλος ὀδοῦσι δακῶν) (TEXTOS 2 y 3)⁹.

Una vez iniciada la liza, en medio de la conmoción generalizada, la orientación del movimiento de los ejércitos, hacia adelante o hacia atrás, no sólo determina el resultado final de la contienda, es decir, la victoria o la derrota, sino que además sirve para caracterizar moralmente a los soldados. En efecto, el valeroso avanza, busca el cuerpo a cuerpo, traba al enemigo y lo hiere con su lanza o con su espada (TEXTO 3), mientras que el timorato retrocede y huye, imitando a Paris cuando divisó a Menelao (TEXTO 13). Ahora bien, a diferencia del guerrero homérico que intenta aterrorizar al enemigo para provocar su huida, pero que él mismo puede sentir miedo, en la poesía elegíaca el autocontrol se convierte en una amonestación tópica, como la de Tirteo, a no emprender la fuga ni entregarse al pánico (φυγῆς αἰσχρῆς ἄρχετε μηδὲ φόβου) (TEXTO 3)¹⁰. En el discurso oficial de las ciudades clásicas el temor se suele presentar como un problema exclusivo del enemigo, o bien como un factor estratégico a sopesar por los generales, a la manera de Arquídamo en su arenga al ejército espartano antes de invadir el territorio de Atenas dando inicio a la guerra del Peloponeso (TEXTO 15).

Por otra parte, la conducta de cada cual queda indeleblemente marcada en su cuerpo a partir de la localización de las heridas, pruebas

⁹ Lugares paralelos en nuestra selección: TEXTO 6 (Teognis), donde valentía y capacidad de resistencia se identifican con bonhomía; TEXTO 5 (Teognis) y TEXTO 10 (Arquíloco), sobre la posición de las piernas como señal de valor.

¹⁰ Cf. LORAU, N., *Il femminile e l'uomo greco*, Roma-Bari, 1991 (= París, 1989), pp. 53ss.

concluyentes del heroísmo o del pánico. El hombre de honor no recibe golpes por detrás (ὀπίσθε), en la nuca o en la espalda, sino de frente (πρόσσω), en vientre y pecho (TEXTO 12)¹¹. Tales lesiones entrañan peligro de muerte, pero de la muerte más hermosa, en particular si se es joven y se cae combatiendo en vanguardia. Sin embargo, la visión de un anciano, con el cabello y la barba canos (ἤδη λευκὸν ἔχοντα κάρη πολίων τε γένειον), muerto o mal herido en el lugar de los jóvenes (κεῖσθαι πρόσθε νέων), se considera un espectáculo deshonoroso y lamentable, no sólo a causa de su decrepitud física, sino sobre todo en cuanto síntoma de descomposición social, puesto que la bravura del viejo implica la ineptitud de los más fuertes (TEXTO 16; TEXTO 2).

Así pues, la cobardía se manifiesta antes del combate a través de la agitación psicósomática y, en su transcurso, por la carrera a la fuga y en desbandada. El valiente, por el contrario, aguarda en su sitio controlando sus impulsos, despliega toda su energía durante el ataque, y al final yace sobre el campo de batalla con la dignidad y la belleza de una muerte honrosa. Este reposo postrero parece el único admisible en un varón de bien, de ahí los reproches de Calino a los jóvenes conciudadanos que en tiempo de guerra permanecen tumbados (κατάκεισθε) y entregados a las diversiones propias de la paz (TEXTO 4). Por consiguiente, cobarde no es sólo quien tiembla y huye, sino también el inactivo (ἀεργός), aquél que en nada contribuye a su comunidad, como recordaba Aquiles en su tienda a los embajadores de Agamenón (TEXTO 1). Esta idea es reformulada por Pericles ante los atenienses congregados en los funerales por los caídos en el primer año de la guerra del Peloponeso, cuando califica no de pacífico (ἀπράγμονα) sino de inútil (ἀχρεῖλον) al que se desentiende de los asuntos públicos (TEXTO 17).

En efecto, para lo que en términos modernos llamamos pacifismo, el griego acude a términos asociados con el concepto de reposo, entendido como tranquilidad (ἡσυχία), pero sobre todo como inacción (ἀπραγμοσύνη; τὸ ἀπράγμων). La tranquilidad pública es un bien deseable, ya que implica la ausencia de disensión interna (στάσις), y suele aparecer asociada, como en uno de los fragmentos de Píndaro, con la

¹¹ En términos semejantes se expresa Tirteo, cf. TEXTO 3.

prosperidad cívica y la buena crianza de los jóvenes (TEXTO 18). Por otro lado, la riqueza, la fecundidad y los festejos y diversiones juveniles constituyen elementos tópicos en las descripciones poéticas de la paz (εἰρήνη), desde Homero en el escudo de Aquiles a Eurípides, pasando por Teognis y Baquilides (TEXTOS 19, 20 y 21).

Esta paz, sin embargo, no se identifica necesariamente con el ocio, sino con la inexistencia de guerra (πόλεμος), - de conflicto con extraños, griegos o bárbaros-, y con el *statu quo* resultante de un acto jurídico, un pacto, y, por consiguiente, del ejercicio de la política. Así, en la terminología griega sobre la paz adjetivos derivados como εἰρηνικός e εἰρηναῖος o bien se usan bien como sinónimos de ἡσυχός es decir el individuo de carácter calmo y tranquilo, o bien califican al hábil diplomático. En ambas acepciones, el ciudadano pacífico puede contribuir positivamente a la vida pública, con argumentos a favor de la concordia y sobre las ventajas de las soluciones negociadas, semejantes a los expuestos por el heraldo en las *Suplicantes* de Eurípides (TEXTO 21) y en la *Historia* de Tucídides por uno de los delegados de las ciudades de Sicilia que negociaban una alianza contra la agresión ateniense (TEXTO 22).

No obstante, en una situación de conflicto bélico el libre ejercicio de la palabra debe estar subordinado más que nunca a la práctica, como Tucídides recuerda través de sendos discursos de Pericles (TEXTO 23) y de Alcibíades (TEXTO 24). De hecho, al renunciar a la acción militar e inhibirse de sus resultados, el pacifista no manifiesta bondad alguna, sino que, traspasando incluso las fronteras de la cobardía, se comporta como un insensato. En efecto, el pusilánime parece desconocer la dinámica que preside las relaciones entre las ciudades, esto es, la lógica del imperialismo, cuyo único objetivo es el logro del propio beneficio a través del ejercicio del poder, sin que medie la justicia. Además, como advierte Pericles, el poder, una vez que se ha conseguido, se convierte en una tiranía, tanto para los que lo soportan como esclavitud, cuanto para quienes lo detentan, pues están obligados a conservarlo a toda costa (TEXTO 23). Según Alcibíades, esta voluntad de dominio no sólo era consustancial con la ciudad de Atenas, ya que plasmaría su talante, sino que garantizaba su salvaguardia y acrecentamiento de generación en generación. Por el contrario, el pacifismo colocaba al estado al borde de la catástrofe, menos por entregarlo inerte a la rapiña del enemigo, que por disolver los vínculos de la ciudadanía (TEXTO 24).

La lógica interna del imperialismo, cuyo funcionamiento describió magistralmente Tucídides, testigo de los primeros años de aquella guerra, explica no sólo derrota de Atenas en su conflicto con Esparta, sino también la crisis del modelo griego de la ciudad. En tal coyuntura se intentó una reformulación de las relaciones entre los estados a partir de una nueva ideología de la paz, asunto sobre el que desde la tribuna polemizaron oradores como Isócrates, Esquines, Demóstenes y Andócides, y que se plasmó de manera efectiva, aunque efímera, en la hegemonía de los monarcas macedonios a partir del s. IV a.C.¹². Entonces se fue abriendo paso un nuevo mundo de fronteras difuminadas, donde el patriotismo cayó en desuso para devenir, en ocasiones, costumbre atávica o curiosidad pintoresca. La palabra política se refugió en las escuelas de retórica y en el campo de batalla soldados de etnias y lenguas diversas combatían y morían a cambio de un sueldo. Inmersos en este universo cambiante, algunos hombres instruidos reflexionaban sobre el destino y la felicidad de individuos y pueblos, e hicieron de la tranquilidad un ideal de vida. Eran imperturbables y ociosos, y se les llamaba sabios.

TEXTOS

1.- HOMERO, *Iliada* IX 315-22: “Ni me persuadirá el Atrida Agamemón, ni, creo, los demás dánaos, / pues acaso no era favor alguno luchar siempre con afán contra guerreros matadores. / El pago es el mismo para quien se queda, por bien que se guerree. / En igual estima se tienen tanto al cobarde como al valiente. / Y mueren por igual el guerrero perezoso y el eficiente. / Nada me ha quedado, después de padecer dolores en mi espíritu / arriesgando sin cesar mi vida en la guerra” (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).

2.- TIRTEO, *Fr.* 6: “Pues es hermoso que un hombre de bien muera / cayendo en primera fila, combatiendo por su patria / y, en cambio, lo más penoso de todo mendigar, / dejando tras de sí la ciudad y los fértiles campos, / errante con la madre querida y el anciano padre, /

¹² Véase ALGANZA ROLDÁN, M., “*Eiréne* y otras palabras griegas sobre la paz”, en F. A. MUÑOZ & B. MOLINA RUEDA (eds.), *Cosmovisiones de Paz en el Mediterráneo antiguo y medieval*, Granada, 1998, pp. 123-52.

con los pequeños hijos y la esposa legítima. / Pues como un enemigo
 estará entre aquellos a que se acerque, / cediendo a la indignancia y a la
 terrible pobreza, / y avergüenza a su linaje, insulta a su noble rostro / y
 toda la deshonra y la miseria le acompañan. / Por tanto, si para el
 guerrero cautivo no hay ni reverencia / ni temor, ni miramiento ni
 piedad, / luchemos con ánimo por esta tierra y por nuestros hijos /
 muramos, no escatimando en absoluto nuestras vidas. / Ea, jóvenes,
 luchad permaneciendo unos junto a otros, / y no emprendáis la vergon-
 zosa huida ni el pánico, / sino haced grande y fuerte el corazón en el
 pecho, / y al luchar con el enemigo, no améis vuestras vidas, / ni
 huyáis abandonando a los ancianos, / a los más viejos cuyas rodillas ya
 no son ligeras. / Pues es esto vergonzoso, que cayendo en primera fila
 / delante de los jóvenes esté tendido un varón más viejo, / con la
 cabeza ya blanca y la barba cana, / exhalando en el polvo su aliento
 valeroso, / con las ensangrentadas vergüenzas en sus manos / - cosa
 deshonrosa e impía de ver- y con el cuerpo desnudo. / En cambio, todo
 conviene al joven, / mientras posee la flor brillante de la amable juven-
 tud, / pues vivo es digno de ver para los varones, / de amor para las
 mujeres, y bello caído en primera fila. / Ea, que cada uno, abriendo
 bien las piernas, permanezca / clavado en la tierra con ambos pies,
 mordiendo el labio con los dientes”. (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).

3.- TIRTEO, *Fr. 7* Diehl (6 Adrados): “Conocéís, en efecto, cuán pernicio-
 sos son los trabajos del lacrimoso Ares... / Quienes permaneciendo unos
 junto a otros / se arriesgan al cuerpo a cuerpo y a marchar en la primera fila,
 / mueren en número menor, y salvan a los de detrás; / en cambio, cuando
 los guerreros tiemblan, toda virtud perece. / Nadie nunca podría contar
 cada una de las desgracias / que sobrevienen a un hombre, si sufre desho-
 nor: / pues apasiona cortar por detrás, de un tajo, la espalda / del guerrero
 que huye fugitivo en la anquiladora guerra; / mas es vergonzoso un cadá-
 ver tendido en el polvo, / con la espalda atravesada por detrás con la punta
 de una lanza. / Ea, que cada uno, abriendo bien las piernas, permanezca con
 los dos pies / clavado en la tierra, mordiendo el labio con los dientes, /
 cubriéndose bien con el vientre del ancho escudo / muslos y pantorrillas,
 pecho y hombros... / Ea, que cada uno se acerque al cuerpo a cuerpo / e
 hiriendo con la larga lanza o con la espada, mate a un guerrero enemigo. /
 Y poniendo pie junto a pie, apretando escudo con escudo, / golpeando
 cimera con cimera, casco con casco / y pecho con pecho, luchemos con el
 enemigo / empuñando la espada o la larga lanza” (Trad. M. ALGANZA ROL-
 DÁN).

4.- CALINO, *Fr. 1*: “¿Hasta cuando permaneceréis tendidos? / ¿Cuándo tendréis un corazón fuerte, jóvenes? / ¿No avergonzáis a vuestros vecinos con tan excesiva flojedad? / Mas creéis estar sentados en la paz, / cuando la guerra domina toda la tierra... / En efecto, es honroso e ilustre para un varón luchar con el enemigo / por su tierra y sus hijos y su esposa legítima... / Ea, que cada cual vaya al frente, / blandiendo la lanza y protegiendo el fuerte corazón / bajo el escudo, en cuanto se trabate combate... / Pues todo el pueblo añora al varón de corazón firme / cuando muere, y vivo es juzgado un semidiós: / pues como una torre lo ven en sus ojos, / porque aun siendo uno solo, cumple cosas dignas de muchos” (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).

5.- TEOGNIS, 865-68: “A muchos hombres inútiles la divinidad concede generosa riqueza, / la cual no supone ningún beneficio ni para ellos ni para sus amigos. / Pero la gran fama del valor nunca perecerá: / pues un guerrero con la lanza salva a su tierra y su ciudad” (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).

6.- TEOGNIS, 1003-06: “Esta es la virtud, este el mejor premio entre los hombres / y el más bello de conseguir para un hombre sabio; / este bien es común para la ciudad y todo el pueblo: / que un guerrero, con las piernas bien abiertas, resista en primera fila” (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).

7.- TEOGNIS, 441-44: “Nadie, pues, es completamente dichoso. Mas el valiente, / aun en la desgracia, la soporta y no la manifiesta siquiera, / mientras que el miedoso ni en las buenas ni en las malas / sabe resistir con ánimo” (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).

8.- ARQUÍLOCO, *Fr. 2*: “En la lanza se me amasa el pan de cebada, en la lanza / el vino de Ismaro, y bebo apoyado en la lanza” (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).

9.- HIBRIAS DE CRETA, *Escolio* (PMG 909): “Mi gran riqueza es la lanza y la espada y el bello escudo, defensa de mi cuerpo: con éste aro, con éste siego, con éste piso el dulce vino de las vides, con éste llamo siervos a los amos. Mas los que no osan tener ni lanza ni espada ni bello escudo, defensa de su cuerpo, todos caídos en el suelo, mi rodilla besan, amo y gran señor llamándome” (Trad. F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Lírica griega arcaica. Poemas corales y monódicos, 700-300 a. C.*, Madrid, Gredos, 1986).

10.- ARQUÍLOCO, *Fr. 12* (6D): “Algún sayo se ufana con mi escudo, arma excelente, / que junto a un matorral abandoné, muy a mi pesar, / pero salvé la vida. ¿Qué me importa aquel escudo? / ¡Que se rompa!: ya me procuraré otro no peor” (Trad. M. ALGANZA ROLDÁN).